

NOTAS Y DEBATES

EL DEBATE SOBRE LA FRONTERA A PARTIR DE TURNER. *LA NEW WESTERN HISTORY, LOS BORDERLANDS* Y EL ESTUDIO DE LAS FRONTERAS EN LATINOAMÉRICA

SILVIA RATTO*

LOS ESTUDIOS DE TURNER Y SUS REPERCUSIONES MÁS TEMPRANAS

En 1893, el profesor de Historia de la Universidad de Wisconsin Frederick Jackson Turner pronunció en la Universidad de Chicago y en el marco de las celebraciones por el cuarto centenario del "descubrimiento de América" un discurso sobre el significado histórico de la expansión americana hacia el oeste. Esta presentación marcó el nacimiento del mito de la frontera.¹ Desde entonces mucha tinta se ha vertido en torno a la frontera americana, en enfoques que aceptaban y remozaban la tesis turneriana o, por el contrario, mostraban un modelo totalmente diferente.

Turner planteaba que la frontera norteamericana, escenario de la lucha de los pioneros contra una naturaleza hostil, había contribuido al desarrollo del individualismo, la iniciativa personal y la capacidad de improvisación en la organización de la nueva sociedad. Según esa tesis, el continuo avance de los colonos sobre las tierras aparentemente baldías del oeste habría jugado un rol crucial en el desarrollo del sistema

* UBA.

¹ F. J. Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York, Frederick Ungar Publishing Co., 1963.

democrático norteamericano y habría sido un factor determinante en la formación del carácter nacional.² La frontera turneriana cobraba la imagen de un lugar de constante renacimiento, una “fuente mágica de juventud” en donde América bebía permanentemente y rejuvenecía.³ Más allá de la validez histórica del modelo, las ideas de Turner fueron fundamentales para elaborar teóricamente la identidad americana basada en la existencia de un espíritu individualista que no encuentra barreras para su expansión y desarrollo.⁴

La historiografía canadiense no escapó al influjo de la tesis turneriana para analizar su propio proceso de ocupación del espacio. Según Richard Slatta, es posible encontrar tres interpretaciones sobre la expansión fronteriza que se distinguen en función de la especificidad que en ellas se le otorga a la experiencia canadiense. De esa manera Slatta describe una primera interpretación básicamente turneriana en donde el centro del análisis se encuentra en reflejar lo distintivo de la experiencia canadiense con respecto a su pasado europeo. La segunda posición experimenta un primer distanciamiento respecto del modelo norteamericano al tomar en cuenta en el análisis, además del impacto que las fuerzas de la frontera tuvieron en la formación del espacio, las influencias traídas por los mismos pobladores desde sus lugares de origen en Europa: de todos modos, el resultado tiende también a marcar la especificidad de la frontera canadiense. Finalmente, el autor señala una última interpretación que intenta borrar las diferencias entre los Estados Unidos y Canadá hablando de un único proceso de expansión. La mayor parte de estos trabajos fueron escritos en las décadas de 1930 y 1940. A partir de 1970 comienza a producirse un distanciamiento del modelo turneriano y empiezan a plantearse las características propias del proceso canadiense, entre las que se destacan el corto período de dos décadas en que funcionó en el país una frontera agraria, la existencia en ella de una estratificación en clases y la permanencia de los valores culturales británicos.⁵

En la historiografía norteamericana, la primera corriente revisionista de la “vieja historia del oeste” puede situarse a mediados del siglo XX. Figura pionera de este movimiento fue Henry Nash Smith, con un trabajo publicado en 1950, donde señalaba

² Los seguidores de Turner intentaron aplicar su tesis a otras experiencias fronterizas. Así, Walter Prescott Webb intentó extender el análisis a Canadá, Australia, Sudáfrica y Nueva Zelanda. Pero el avance mayor de Webb fue, indudablemente, situar esos procesos fronterizos en un contexto más global que abarcara al Viejo Mundo y en donde el continente americano (la “gran frontera”) aparecía como frontera de las metrópolis europeas (Walter Webb, *The Great Frontier*, Austin, University of Texas Press, 1952).

³ Alistair Hennessy, *The Frontier in Latin American History*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978.

⁴ Fernando Operé, *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 12.

⁵ Richard Slatta, “Turner’s impact in Canada and Latin America”, en: *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. XLVII, núm. 1-4, 1997.

que la historia del oeste tal como se la conocía hasta ese momento descansaba principalmente en la existencia de mitos. El más enraizado de ellos era el *mito agrario*, que relataba la historia de un grupo de hombres que migraron hacia el oeste y crearon allí una vida pacífica y productiva. En ese "jardín" no existían los conflictos. Por el contrario, la sociedad fronteriza era una sociedad perfecta que crecía libre de los problemas que podían encontrarse en el este y en Europa; para mantener esa situación el oeste debía permanecer aislado de dichas contaminaciones.⁶

En 1961 los líderes de esta generación fundaron la *Western History Association*, que tendría su propia publicación, la *Western Historical Quarterly*. Para ellos la historia del oeste era fundamentalmente la historia de la empresa económica americana escrita una y otra vez en un nuevo terreno. Las palabras clave para esta generación de posguerra fueron "expansión", "desarrollo" y "crecimiento", palabras todas ellas que contradecían la imagen turneriana del pionero americano construyendo un mundo más primitivo, un retorno a tiempos más antiguos. En relación con este punto, dos autores de esta nueva corriente "descubrieron el siglo XX" en el oeste: Earl Pomeroy y Gerald Nash. Según la tradición turneriana, la frontera finalizó súbitamente en 1890; para los nuevos historiadores ese momento sólo indicó la finalización de la breve etapa del pionero y fue el inicio de un período de expansión tecnológica y emprendimientos productivos que no tenía límites visibles. En conjunción con esto la región recibía millones de nuevos inmigrantes de otras naciones.

En un trabajo llamado "Toward a reorientation of western history: continuity and environment", Earl Pomeroy resumía todas las insatisfacciones que creaba en la época la tesis turneriana, y ofrecía alternativas de análisis. Pomeroy proponía restablecer las múltiples conexiones entre el este y el oeste demostrando que mucho de lo que pasaba en la historia del oeste sería mejor comprendido como una continuación del desarrollo del este. La esencia de su planteo estaba en reemplazar la posición del oeste como un sendero de apertura por otro modelo que pensara la relación este-oeste en términos de dependencia colonial.⁷ Desde 1955 este tipo de trabajos fueron numerosos y todos partían de la premisa común de que el oeste no había sido en sus inicios económicamente autosuficiente. Como balance, la generación de posguerra logró despojarse del gran peso del mito agrario pero aún mantuvo algunos aspectos como "la doctrina del progreso, del gigantesco desarrollo económico". En síntesis, mantenía una mirada entusiasta sobre el oeste americano.

La situación varió en la década de 1970 en manos de una generación sacudida por la guerra de Vietnam y por las discusiones en torno a la pobreza, el racismo y la degradación ambiental. Esto se trasladó al planteo de que la historia del oeste no debía

⁶ Henry Nash Smith, *Virgin Land: the American West as Symbol and Myth*, Harvard University Press, 1950.

⁷ Earl Pomeroy, "Toward a reorientation of western history: continuity and environment", en: *Mississippi Valley Historical Review*, núm. 41, 1955.

mirar solamente el lado del progreso sino que debía incluir lo que llamaban el lado oscuro de la expansión: el violento proceso de ocupación que sustrajo el oeste de sus originales poseedores y la violencia con la cual éste fue asegurado contra los reclamos continuos de las minorías. Era el inicio del movimiento que se conocería como New Western History.

LA NEW WESTERN HISTORY

Algunos de los historiadores que reaccionaron contra la tesis de Turner se nuclearon a fines de la década de 1980 en una corriente que se denominó la New Western History (en adelante, NWH). Pocos años después se resumían los principales presupuestos y líneas de investigación de este movimiento historiográfico en dos libros colectivos que presentaban los objetivos fundamentales del grupo. Si bien ambos libros son compilaciones de distintos estudios sobre el oeste americano, existe una ligera diferencia en el tono de los trabajos compilados en ambas obras. Los ensayos reunidos en el primero de estos libros, *Trails: Toward a New Western History*,⁸ tienen un objetivo de divulgación general, orientado hacia un público amplio, y su aspecto fundamental es la crítica a la tesis turneriana; en *Under an Open Sky*⁹ se presentan una serie de trabajos de especialistas en distintas áreas de la historia del oeste americano, quienes luego de expresar una imprescindible toma de posición con respecto a la tesis de Turner realizan una apretada reseña de sus propias investigaciones.

El momento que marca el nacimiento de la NWH puede situarse muy definitivamente hacia fines del año 1989. En esa fecha la Fundación Nacional para las Humanidades había financiado la realización de un encuentro en Santa Fe, México, que versara sobre "Rutas y senderos a través del tiempo". Una de las organizadoras, Patricia Limerick, propuso llamar al simposio: "Senderos (Trails): hacia una nueva historia del oeste", buscando con la partícula "nueva" generar un debate acerca de lo mucho que se había modificado la historia del oeste en los últimos años. En el simposio, Limerick presentó un brevísimo texto en donde intentaba responder acerca de la esencia de las nuevas corrientes que estudiaban la historia del oeste. Este trabajo, llamado "What on earth is the NWH", fue considerado por la prensa y por el público en gene-

⁸ Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails. Toward a New Western History*, University Press of Kansas, 1991.

⁹ W. Cronon, G. Miles y J. Gitlin (comps.), *Under an Open Sky. Rethinking American's Western Past*, W. W. Norton & Co., Nueva York, 1992.

ral un manifiesto en donde se explicitaban los presupuestos básicos de la nueva corriente historiográfica.¹⁰ Ellos eran:

- El "oeste" es, en primer lugar, una región.

- La historia de esa región es un proceso que afecta también a otras partes de la nación, así como a otras partes del planeta. Para caracterizar ese proceso es necesario utilizar términos como "invasión", "conquista", "explotación", "desarrollo", "expansión del mercado mundial".

- Se rechaza el término "frontera" por sus connotaciones nacionalistas y frecuentemente racistas.¹¹

- A diferencia del modelo de progreso inherente a la visión turneriana, la NWH se plantea la posibilidad de que algunas vías del desarrollo del oeste llevaran al fracaso.¹²

Sintéticamente, las premisas básicas de este grupo se centran en dos ejes principales: la necesidad de incorporar al análisis el "lado oscuro" de la expansión al oeste y la definición del oeste como una región con características propias y con diversas conexiones con el resto de la nación y con Europa.

Con respecto al último punto, se ha planteado una discusión en torno a la definición misma del objeto de estudio, lo que se ha dado en llamar la "dicotomía frontera-región",¹³ polémica que no sólo enfrenta a "viejos" y "nuevos" historiadores del oeste sino que ha provocado posiciones diferentes en el mismo seno de la NWH. En efecto, los distintos trabajos que abogan por considerar al oeste como una región particular no logran acercar una definición convincente sobre los aspectos que permitirían tal caracterización. Creemos que esta dificultad no es exclusiva de los historiadores del oeste norteamericano y debe inscribirse en la problemática general sobre la dificultad para definir de manera precisa al término "región" dentro de la historiografía latinoamericana.¹⁴

¹⁰ P. Limerick, "The unleashing of the western public intellectual", en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails...*

¹¹ En un reciente trabajo, Kerwin Lee Klein rechaza esta imputación al término "frontera" considerando que el mismo tuvo diferentes significados a lo largo del tiempo, que fueron variando en función de lo que denomina "aparatos conceptuales disponibles". Así, los avances realizados fundamentalmente en torno a los estudios de aculturación y etnicidad permiten redefinir a la frontera como "una zona de interacción cultural". Por otra parte, Klein plantea que las connotaciones etnocéntricas de las que según Limerick adolece el término "frontera" son más aplicables a la noción de "oeste", ya que "the west is always west of something". (Kerwin Lee Klein, "Reclaiming the 'F' word, or being and becoming postwestern", en: *Pacific Historical Review*, vol. 65, mayo de 1996.)

¹² P. Limerick, "What on earth is the New Western History?", en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails...*, pp. 81-88.

¹³ Tomamos la expresión de David Wrobel, para quien la dicotomía se expresa en el debate historiográfico entre la idea de un proceso fronterizo transitorio y la noción del oeste como un lugar con límites geográficamente definidos (D. Wrobel, "Beyond the frontier-región dichotomy", en: *Pacific Historical Review*, núm. 65, agosto de 1996).

¹⁴ Véase el trabajo de Eric Van Young, "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en: *Anuario IEHS*, núm. 2, 1987. Allí el autor expresaba que la región era una hipótesis por demostrar.

En los trabajos de Malone y de White se plantea que la confusión existente entre el oeste como frontera terminada o como región geográfica de los Estados Unidos deriva en gran medida de la tesis turneriana modificada luego por Webb, donde se define indistintamente al Oeste como un lugar (una zona de tierra libre más allá del centro de asentamiento) y como un proceso (*frontering*). Afinando un poco más el análisis podría puntualizarse que Turner centra la atención en el proceso de colonización (un enfoque "*to-the-region*"), en tanto Webb se centra en la evolución social dentro de la región misma luego del primer asentamiento ("*in-the-region*").¹⁵

La preocupación básica de los "regionalistas" de la NWH es establecer cuáles son los rasgos distintivos que hacen del oeste una región. Algunos investigadores han planteado como característicos del oeste los siguientes elementos:¹⁶

1) la aridez: el agua como llave de los recursos, la obtención de la misma y los sistemas de riego son todos elementos que conforman el "complejo cardiovascular" de la vida socioeconómica del oeste;

2) una excesiva presencia del gobierno federal;

3) la herencia cultural de su experiencia fronteriza;

4) su aún pesada dependencia en las industrias extractivas.¹⁷

Cronon, Miles y Gitlin intentan conciliar los dos términos ("frontera" y "región") planteando que ambos están indisolublemente unidos y cada uno es mejor comprendido en relación con el otro. En ese sentido los autores proponen situar una etapa a continuación de la otra. De ahí que no interese tanto ver cuándo termina un momento y comienza el otro sino analizar el proceso que se inicia con la "invasión" de la frontera y la apropiación de la tierra y sigue con el asentamiento y la formación de nuevas comunidades en las que emerge gradualmente la identidad local y regional con sus propios problemas de reproducción. En relación con esto, el tema clave de la historia del oeste consistiría en explicar las diferencias regionales que emergen de procesos fronterizos comunes y que deben ser buscadas, para los autores, en las distintas reacciones o cambios que se produjeron en relación con cinco procesos: las

¹⁵ Richard White. "Trashing the trails", en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails...*, pp. 26-39; M. Malone, "Beyond the last frontier: toward a new approach to Western American History", en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails...*, pp. 139-160.

¹⁶ M. Malone, "Beyond..."

¹⁷ La inexistencia de un acuerdo generalizado entre estos investigadores sobre las características intrínsecas de la región oeste lleva a que esta lista de atributos no sea considerada definitiva para todos ellos. Así, Michael Quinn propone rescatar la religión como elemento que ayude a definir el regionalismo americano, ya que la balcanización religiosa que se produjo al oeste del Mississippi contribuyó a distinguir al Oeste como un todo del resto de la nación. Una explicación de ello se encuentra en el hecho de que el oeste fue el lugar dominante para la instalación de comunidades de Asia y Medio Oriente, el sitio donde se concentraron los seguidores de la iglesia nativa americana y el mayor porcentaje de judíos reformados. Por tal motivo sería esencial incluir el estudio de la dimensión religiosa en la "nueva historia" del oeste y rescatarla del espacio de nota al pie u observación aislada. Michael Quinn, "Religion in the American West", en: W. Cronon, G. Miles y J. Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 145-166.

modificaciones del entorno natural como consecuencia de la introducción de nuevas especies animales y vegetales, la formación del mercado, la adquisición de tierras, el asentamiento en los límites fronterizos (que constituye la verdadera esencia de la vida fronteriza) y la formación del Estado.¹⁸

Finalmente, y a diferencia de Turner, consideran fundamental partir de la premisa de las vinculaciones que mantienen las áreas fronterizas con otras partes del mundo. Los individuos que migran a la frontera llevan consigo un bagaje cultural que en el momento mismo de transportarlo está siendo modificado. Interesa entonces estudiar las elecciones que se le presentan al habitante de reproducir patrones sociales antiguos o introducir nuevos y quizás, volviendo al tema del pase de frontera a región, el mejor síntoma de la transición es el sentimiento de los habitantes de un sitio de que ya no están inventando un mundo sino heredándolo.¹⁹

Los problemas principales de las investigaciones de la NWH pueden sintetizarse en tres grandes temas: los conflictos de clase, género y raza; el impacto de la expansión sobre el medio ambiente y los estudios culturales.

Con respecto al primer tema, si la vieja historia del oeste tendía a idealizarlo como un lugar de simple democracia, sin problemas internos de poder,²⁰ la NWH sostiene que el oeste fue escenario de intensos conflictos por el poder y la jerarquía no solamente entre razas sino también entre clases, géneros y otros grupos dentro de la sociedad blanca.²¹

18 W. Cronon, G. Miles y J. Gitlin, "Becoming West. Toward a new meaning for western history", en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 3-27.

19 Cronon, Miles y Gitlin, "Becoming west...". Sobre este tema véase también el trabajo de Gitlin "On the boundaries of empire. Connecting the West to its imperial past", en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 71-89.

20 Ray Allen Billington y sus seguidores se encargaron de rescatar la tesis turneriana y adaptarla intentando integrar al análisis otros grupos sociales y étnicos ausentes en la misma (indios, mujeres, etc.). Sin embargo, para Limerick este esfuerzo dio por resultado una historia en donde "los otros" fueron acreedores de un parágrafo o un capítulo aparte dentro de la historia general pero permaneciendo, en el fondo, como grupos periféricos. P. Limerick, "The unleashing...", en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails...*

21 Dentro de este planteo global los mayores avances realizados se centran en los estudios sobre la mujer y los pueblos indígenas. Los estudios sobre la mujer pionera ponen en duda dos supuestos fuertes de la "Old Western History": la noción de que el avance de la frontera fue llevado a cabo exclusivamente por pioneros hombres y europeos, que crearon una sociedad más libre, más democrática, más individualista y más igualitaria que la del este. La incorporación de la mujer en la historia del oeste recién se logró a partir de los estudios feministas de la década de 1970, en los cuales no solamente se incorporó el personaje femenino sino que se distinguió la perspectiva de la mujer como distinta de la del hombre. Si bien en estos trabajos el análisis se restringía a la mujer blanca de raíces europeas, en la década siguiente se comenzaron a incluir en los diferentes grupos étnicos que habitaron la región (indias, negras, españolas, etc.). Véase Peggy Pascoe, "Western woman at the cultural crossroads", en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails...*, pp. 40-58 y Katherine Morrissey, "Engendering the west", en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 132-144. Con respecto al estudio de los indígenas, si bien el interés por estos grupos había comenzado a ser planteado en la generación de posguerra, fue en las décadas de 1970 y 1980 que los trabajos se pensaron desde una pers-

Lo que subyace en estos planteos es la necesidad de estudiar la frontera-región como un espacio multicultural, entendido como un ámbito de interacción de culturas diferentes, en donde centrarse en el análisis de sólo un grupo implicaría el riesgo de considerar una sola fase del proceso.²² En este sentido, John Mack Faragher propone que un estudio más integral del espacio fronterizo debería centrarse en el análisis de las comunidades. La comunidad es el grupo mínimo capaz de desarrollarse en el presente y reproducir en el futuro sus “creaciones” institucionales y culturales.²³ Para este autor, la persistencia y la transitoriedad son las dos caras en la formación de comunidades. Por un lado, existe un grupo de personas con altos niveles de movilidad, los transeúntes, que trabajan un tiempo para luego trasladarse a otro sitio, y por otro, un grupo más permanente, los vecinos, aquellos que construyen las instituciones comunitarias básicas para el desarrollo de la comunidad.

Estudiar una comunidad implica realizar una operación analítica en cuatro etapas. En primer lugar, la comunidad es un sistema de relaciones con el medio ambiente, lo que implica indagar sobre los procesos de ocupación y puesta en producción de la tierra. En segundo lugar, es un sistema de relaciones reproductivas, lo que lleva a conocer aspectos vinculados a la composición de la población: edad, sexo, composición étnica, estratificación social y las disputas creadas entre esos grupos. En tercer lugar, es el campo para la acción colectiva; la vecindad, el compadrazgo, las fuerzas de competencia y de colaboración son elementos que deben ser analizados para comprender las redes sociales que se crean en la zona. Finalmente, el estudio de una comunidad debe tener en cuenta el conjunto de lazos afectivos que derivan en la creación de una identidad local y regional.²⁴

El impacto de la expansión sobre el medio ambiente es otro de los temas desarrollados por la NWH. Este problema no es un planteo original de este grupo sino que puede encontrarse en el mismo Turner; lo que diferencia ambas posiciones es el rol que le han dado al medio en la creación de la región oeste. Si para Turner la hostilidad del ambiente jugó el papel de un obstáculo que debió ser superado, vencido por los colonos, en estos trabajos se plantea como un elemento que interactúa permanentemente con los habitantes. En este sentido, Elliot West plantea que, si por un lado, el nuevo entorno refleja una plenitud de nuevas oportunidades, también involucra al-

pectiva multicultural (George Miles, “To heard an old voice”, en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 52-70).

²² John Mack Faragher, “Americans, mexicans, méjis. A community approach to the comparative study of North American frontiers”, en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 90-109.

²³ No todos los asentamientos fronterizos forman una comunidad por el hecho de que algunos de ellos no son capaces de reproducirse por sí mismos. Es el caso de los campos mineros o los centros de pesca que se mantienen en la medida en que son abastecidos por un centro.

²⁴ John Mack Faragher, “The frontier trail: rethinking Turner and reimagining the American West”, en: *American Historical Review*, núm. 98, febrero de 1993.

gunas limitaciones, en el sentido de que hay cosas que el medio ambiente permite hacer y otras que no.²⁵ El autor critica el papel esencialmente pasivo que se le da habitualmente a la naturaleza y por el contrario, propone que adquiriera un rol tan protagónico como el del mismo pionero. De manera que el estudio sobre una región para West debe comenzar necesariamente con una descripción de su entorno, de lo distintivo del medio ambiente, pero alerta sobre el peligro de que esta tarea se limite a una simple "acumulación de detalles sin orden, ni jerarquía, ni valores analíticos más allá de una mera descripción". Las discusiones acerca del medio ambiente no deben ser relegadas a un capítulo inicial aislado sino formar parte integral de la historia de la región, de manera que, describir el paisaje es sólo la primera tarea, a la que debe seguir un análisis sobre la relación de éste con la gente que allí vive.²⁶

Otro tema desarrollado por la NWH es el de los estudios culturales. Para E. West una región es, en parte, lo que la gente piensa y siente de ella; de ahí que, para el autor, un medio de llegar al entendimiento del oeste es el análisis de la literatura de la región, de su iconografía, etc.²⁷ Coincidiendo con este planteo, Patricia Limerick propone un acercamiento lingüístico, un estudio de lo que los "westerners" hicieron y cómo trataron las palabras. Su propuesta para futuras investigaciones es la utilización de periódicos junto con leyes, órdenes, tratados y las acciones de jueces y presentaciones de abogados para ilustrar los conflictos centrales acerca del poder y la propiedad en el oeste.²⁸ Este proceso de selección de significados también puede encontrarse en la construcción de la identidad regional. Clyde Milner propone una nueva indagación sobre qué es el oeste, quiénes son los *westerners*, a través del estudio de sus propios recuerdos.²⁹

Dentro de esta línea se han estudiado la formación del mito fronterizo y su repercusión en la cultura popular. Para Ann Fabian el conflicto entre la erudición y lo popular, entre la elite profesional y las audiencias de masas, entre el intelectual

²⁵ Elliot West, *The Way to the West: Essays on the Central Plains*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995.

²⁶ Un ejemplo del tipo de trabajo que se está realizando alrededor de este problema es el de Cronon, "Kennecott journey. The paths out of town", que analiza el funcionamiento de un centro minero que vio su esplendor en la década de 1930 y rápidamente pasó al ocaso. Para Cronon, éste es el ejemplo de un patrón característico del asentamiento del oeste: una economía que denomina de "boom-and-bust" en el sentido de procesos en los cuales se podían crear y destruir centros productivos de la noche a la mañana. Cronon, "Kennecott journey. The paths out of town", en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 28-51.

²⁷ Elliott West, "A longer, grimmer but more interesting story", en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails...*, pp. 103-111.

²⁸ P. Limerick, "Making the most of words. Verbal activity and western America", en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 167-184.

²⁹ C. Milner II, "The view from wisdom: four layers of history and regional identity", en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky...*, pp. 203-222.

y el antiintelectual continúa problematizando a los historiadores del oeste americano. Su planteo es que la historia del oeste, tanto la escrita por profesionales como la vivida por los *westerners* no puede presentarse pura, científica y libre de distorsiones de la imaginación popular. Ambas están enteramente unidas y no pueden ser separadas.³⁰ En ese sentido Martha Sandweiss indaga, en “Views and reviews: western art and western history”, sobre el rol cumplido por el arte del oeste en el siglo XIX: plantea que los significados de las fotografías y pinturas del oeste se alejan bastante de los paisajes y objetos que representan y el patronazgo cumple un rol central como creador de una imagen particular del oeste. En ocasiones, el significado de una misma representación se modifica en el tiempo, lo que puede darnos la pista para indagar sobre el sesgo o las necesidades del público consumidor de arte: hasta 1890 el arte estaba caracterizado por un tono didáctico y un estilo realista. A partir de esa fecha se buscaron la visión imaginativa y la reconstrucción de una frontera que ya había pasado a la historia.³¹

La repercusión de la NWH en el ambiente académico

¿Qué repercusión ha causado en la historiografía americana la producción de este nuevo grupo de historiadores del oeste americano? En su contribución a la discusión, John Malone planteaba que los principales temas de la NWH eran aquellos que también habían renovado a la moderna historiografía norteamericana: la mujer, los indios, las minorías, la historia urbana, el medio ambiente. Sin embargo, consideraba que la NWH había descuidado enfoques en los que se ha centrado aquélla: la política y la economía. Y concluía con un oscuro vaticinio al sugerir que, al estar centrada más en lo social que en lo político y económico corría el riesgo de perder su relevancia académica, ya que apelaba a un más amplio público, lo que era posible lograr por la fascinación que ejerce el oeste como lugar único.³²

En general, las nuevas perspectivas de género, raza, clase y medio ambiente que sostienen estos estudios han sido bien recibidas en el ámbito académico; lo que se pone en duda es la novedad de los mismos. Algunos historiadores consideran que temas como la diversidad cultural o los conflictos de clases eran objeto de investiga-

³⁰ Ann Fabian, “History for the masses: comercializing the western past, en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky*... pp. 223-238.

³¹ Martha Sandweiss, “Views and reviews: western art and western history, en: Cronon, Miles y Gitlin (comps.), *Under an Open Sky*...

³² J. Malone, “The ‘New Western History’, an assessment”, en: Limerick, Milner y Rankin (comps.), *Trails*... pp. 97-102.

ción en la historia norteamericana desde hacía mucho tiempo.³³ Lo que no agregan estos trabajos es que la novedad consistía en aplicarlos a un modelo que basaba su peso en el contenido ideológico más que en la evidencia empírica. De ahí que la fuerza de la tesis turneriana y el rechazo de nuevas corrientes que la cuestionaran de raíz produjeran críticas mucho más duras sobre la NWH. En efecto, en un debate organizado por la revista *Journal of the West*, el historiador Gerald Nash llegó a comparar la forma de difusión de los planteos de la NWH con el manejo propagandístico de los nazis y fascistas. Para Nash los historiadores de la NWH sostienen una ideología totalitaria que se evidencia por la utilización de los medios masivos de comunicación para difundir sus posiciones y por la exclusión, tanto en sus publicaciones como en sus presentaciones orales, de otros estudiosos que no pertenecen a su cerrado grupo cuyos integrantes, por el contrario, se citan mutuamente.³⁴

LA FRONTERA MEXICANA: LOS *BORDERLAND*

Así como Turner "inventó" la frontera norteamericana, puede decirse que Herbert Eugene Bolton "inventó" la frontera mexicana. Bolton, discípulo de Turner, planteó desde muy temprano la posibilidad de aplicar la tesis de Turner al estudio de la frontera en ciertas zonas de la América española, concretamente, en las regiones de colonización española que en el siglo XIX pasaron al dominio de los Estados Unidos, es decir, el suroeste de Norteamérica. Pero si bien Bolton indicó el camino a seguir, en sus obras muy difícilmente se encuentren ecos de la postura turneriana. A diferencia de su maestro, Bolton consideraba la frontera como un territorio poblado por indígenas en donde determinadas instituciones coloniales como la misión, el fuerte y el presidio jugaron un rol clave en la historia de la región. El resultado de sus trabajos es una tendencia a la glorificación del papel hispánico, y la producción de una suerte de leyenda blanca que relataba la heroica epopeya de soldados y misioneros españoles.³⁵

Estos trabajos iniciales mostraron un interés especial por marcar el impacto de estas instituciones hispanas en la frontera dejando de lado el proceso inverso, es decir, si, y hasta qué punto, la frontera pudo haber modificado dichas instituciones. Bolton planteaba que el absolutismo español ahogó toda iniciativa individual y dejó poco espacio para desarrollar un sentido de autoexpresión o de autodeterminación, lo cual

³³ Forrest Robinson (comp.), *The New Western History: The Territory Ahead*, University of Arizona Press, 1997, pp. 8-9. Este libro reúne trabajos de representantes de diferentes especialidades que coinciden en lo general con los nuevos enfoques de la NWH.

³⁴ Gerald Nash, "One hundred years of Western History", en: *Journal of the West*, vol. 32, enero de 1993.

³⁵ H. E. Bolton, *The Spanish Borderlands: a Chronicle of Old Florida and the Southwest*, New Haven: Yale University, 1921.

alejó a esta corriente de los planteos turnerianos.³⁶ Partiendo de estas premisas, un grupo de investigadores conocidos historiográficamente como los *borderlands* comenzaron a estudiar la frontera norte de Nueva España en el espacio comprendido entre California y Texas.³⁷

A partir de las décadas de 1960 y 1970 algunos historiadores de los *Borderland* comenzaron a abandonar el énfasis puesto hasta el momento en lo institucional y en la visión hispánica de la frontera en virtud de nuevas preguntas.³⁸ Hasta ese momento, y en términos generales, los *borderlands* habían demostrado poco interés por la historia social. A partir de entonces e influenciados por los estudios demográficos, los trabajos comenzaron a incluir en sus análisis temas como la mortalidad infantil, la longevidad, la composición y el tamaño de las familias, las tasas de ilegitimidad y los movimientos migratorios.³⁹ Con estas nuevas herramientas y con el conocimiento más profundo sobre la población fronteriza que se obtuvo a partir de estos estudios, se volvió a plantear la factibilidad de aplicar la idea de Turner acerca de la influencia de la frontera en la creación de un creciente individualismo e igualitarismo que, a su vez, producirían condiciones para la movilidad social. Aunque estos trabajos no hacían una referencia explícita a Turner, coincidían en que los pobladores, españoles en algunas regiones fronterizas, tuvieron la posibilidad de lograr una movilidad social ascendente y que, en general, vivieron en una sociedad más igualitaria que los pobladores de las áreas centrales de México.⁴⁰

Más recientemente, y en concordancia con los temas prioritarios de la NWH, los estudios de los *borderlands* han avanzado fundamentalmente en tres campos: la ocupación de la tierra y los efectos de esa ocupación en los hombres y en el medio ambiente; la familia y el rol de la mujer dentro de ella, y los estudios centrados en el enfoque en las comunidades.⁴¹ Estas nuevas preguntas fueron posibles y se vieron acompañadas

³⁶ Un discípulo de Bolton, John Francis Bannon, profundizó esa idea planteando que los colonos españoles carecieron de la autodeterminación y la libertad personal de que gozaron sus vecinos norteamericanos; cf. David Weber, "Turner, the boltonians and the borderland, en: *American Historical Review*, 91:1, 1986, pp. 66-67. Sin embargo, la región de Alta California era mencionada como una excepción debido a una serie de condiciones particulares que habrían permitido una mayor libertad e iniciativa de sus pobladores: la fertilidad de suelo, la abundancia de mano de obra indígena y su aislamiento de los centros imperiales.

³⁷ Para una síntesis sobre la actividad de este grupo, véase también G. Poyo y G. Hinojosa, "Spanish Texas and borderlands historiography in transition: implications for United States history". En *The Journal of American History*, vol. 75:2, septiembre de 1988.

³⁸ V. Cummins y L. Cummins, "Building on Bolton: the Spanish Borderlands seventy-five years later", en: *Latin American Research Review*, vol. 35, núm. 2, 2000.

³⁹ D. Weber, "Turner ...", p. 75.

⁴⁰ Véanse los trabajos de Alicia Tjarks sobre Texas, "Evolución urbana de Texas durante el siglo XVIII, en: *Revista de Indias*, núm. 131, 1973-1974, y León Campbell sobre California, "Los primeros californios: una sociedad de presidio en la California española", en: *Journal of the West*, núm. 11, 1972.

⁴¹ P. Fernández de Castro, "Historiografía norteamericana sobre la frontera norte", en M. Ceballos Ramírez (comp.), *De historia e historiografía de la frontera norte*, Nuevo Laredo, México, El Colegio de la Frontera Norte, 1996.

por la indagación de fuentes no utilizadas hasta el momento, como censos, registros parroquiales y documentación regional (testamentos, leyes).⁴² Dentro de las nuevas preocupaciones se debe mencionar, asimismo, una perspectiva diferente sobre el papel de los indígenas en estos espacios. En este sentido fueron fundamentales los aportes de etnólogos y arqueólogos. En virtud de ello y al igual que lo que sucedía en la historiografía norteamericana, los indígenas dejaron de tener un rol pasivo en las investigaciones.

Todas estas modificaciones llevaron a un giro desde el estudio de las instituciones al estudio de la vida cotidiana, de las formas en que la herencia cultural de los pobladores se fue modificando y adaptando a las nuevas condiciones de vida. El libro pionero de Oakah Jones sobre los pobladores del norte de México es un ejemplo de esta nueva perspectiva. Utilizando documentación de archivos provinciales y regionales y aplicando conceptos y metodologías de otras ciencias sociales, presenta un estudio centrado en la vida cotidiana de los habitantes de la frontera y en el papel que cumplieron en el avance de la frontera española hacia el norte entre el siglo XVI y el fin del dominio de España sobre esas regiones en 1821.⁴³

El análisis sobre el papel de las misiones, en este contexto, sufrió un cambio significativo, ya que dejaron de ser analizadas desde la perspectiva de una cruzada protagonizada por misioneros que sacrificaban su vida por salvar la vida de los indígenas, se hizo mayor hincapié en la importancia geopolítica de estas instituciones. Los estudios comenzaron a centrarse en la repercusión que tuvieron las misiones en los pueblos originarios, cómo afectó a su economía la nueva organización misionera, los cambios sociales y culturales, la resistencia indígena que se produjo en algunos casos y el colapso demográfico.⁴⁴

Finalmente, en las últimas décadas varios estudios se han centrado en el período de traspaso de estas regiones desde el dominio mexicano al norteamericano analizando los cambios que produjo este traspaso en diversos aspectos. Por ejemplo, se plantea que las modificaciones realizadas al tradicional sistema agrícola mexicano habrían significado la destrucción del medio ambiente y el deterioro de las condiciones de vida de los pobladores mexicanos. En relación con la historia de las mujeres y de la familia, los estudios coinciden en mostrar asimismo el deterioro de la condición laboral de la mujer debido a los cánones culturales norteamericanos que rechazaban la conducta libre y autónoma de las mexicanas. A diferencia de ellas, las mujeres norteamericanas habían perdido importancia económica y muchos de sus de-

⁴² Un ejemplo de estos trabajos es el libro de Charles Cutter, *The Legal Culture of Northern New Spain, 1700-1810*, University of New Mexico Press, 1995, donde se analiza el funcionamiento legal de áreas de frontera en donde no existían totalmente desarrolladas las instituciones judiciales creadas por la Corona española para sus dominios coloniales.

⁴³ O. Jones, *Los Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*, 1979.

⁴⁴ Para una perspectiva de este tipo, véase el reciente libro de Robert Jackson, *From Savages to Subjects. Missions in the history of the American Southwest*, Nueva York, M. E. Sharpe, 2000.

rechos y su influencia se limitaban a las esferas moral y cultural. Con respecto a la familia, estas investigaciones comprobaron la modificación de las estructuras familiares que pasan de nucleares a extendidas por la necesidad de incorporar a otros parientes como "una respuesta adaptativa a las presiones de la urbanización, la industrialización y la discriminación".⁴⁵

La interpretación historiográfica sobre los borderland

Dentro de la historia de los Estados Unidos, el estudio de las regiones de Florida, Mississippi y el Sudeste, regiones que fueron traspasadas desde el dominio mexicano y de las que precisamente se ocupan los *borderlands*, ocupa un lugar subordinado. El historiador Alfredo Jiménez en una imagen muy gráfica se refiere a esta situación comparándola con el juego de muñecas rusas, "esas figurillas huecas y en forma de huevo que se abren en dos por la mitad y aparece dentro otra muñeca, que también se abre y contiene otra muñeca, cada una necesariamente más pequeña que la anterior". En este esquema la historia de las regiones llamadas *borderland* estaría representada por la muñeca más pequeña.⁴⁶

La explicación estaría dada por un cierto prejuicio hacia las fronteras españolas que luego se incorporaron a los Estados Unidos; prejuicio que se relaciona con la existencia de una tradición historiográfica que criticó fuertemente el modo de colonización española en América y que dio origen a la llamada "Leyenda Negra", por lo cual, todo lo que se refiere al período español es considerado un tema menor. Estas prevenções han llevado a que en la historia de las *Spanish borderlands* se analicen los tres momentos más significativos de estas zonas (el período colonial español, el momento de independencia mexicana y la anexión norteamericana) sin formar parte de un continuo histórico sino como momentos independientes en la vida de las regiones.

Por otro lado, y siguiendo a Jiménez, existiría otra razón más sociocultural para este relegamiento, que se evidencia en los estudios donde se plantea que estos espacios, ocupados por poblaciones hispano/mexicanas, fueron lugares marginales y pobres incapaces de resistir el expansionismo norteamericano. Estas perspectivas están siendo superadas en los últimos tiempos. En efecto, las nuevas investigaciones centradas en el análisis de las comunidades de frontera desde una perspectiva socioeconómica han mostrado que muchas de ellas tuvieron un desarrollo exitoso en lo económico y sólido en lo político y que no sólo no fueron meros apéndices del Esta-

⁴⁵ P. Fernández de Castro, "Historiografía norteamericana...", p. 140.

⁴⁶ Alfredo Jiménez, "El lejano norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish borderlands*", en: *Colonial Latin America Historical Review*, núm. 5, 1996.

do colonial sino que en ocasiones se rebelaron a sus directivas. En ese contexto, su final anexión a los Estados Unidos no es analizada, en estos trabajos, como producto del fracaso de las comunidades sino en función de las dinámicas internas de cada una de estas comunidades.

Al centrarse el estudio en los desarrollos socioeconómicos particulares de las distintas regiones del norte de México que pasaron al control de los Estados Unidos, pueden percibirse las continuidades que atraviesan las distintas soberanías (española, mexicana y norteamericana) bajo las cuales se desarrollaron estos espacios. En ese sentido, el estudio de temas tales como las vinculaciones comerciales con otras regiones, los movimientos migratorios, las estructuras de clase y los objetivos económicos de las comunidades necesariamente debe recorrer un largo camino desde el origen de la comunidad hasta su situación en la actualidad.⁴⁷

LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA FRONTERA EN LATINOAMÉRICA

No pretendemos en este acápite hacer un recorrido historiográfico sobre los estudios fronterizos en América Latina; semejante tarea excedería los límites de este trabajo. Simplemente buscamos revisar de qué manera se ha planteado este interrogante en algunos trabajos comparativos sobre las experiencias fronterizas del norte y sur de América para finalizar con un panorama sobre el caso de la frontera bonaerense.

Las fronteras de Norteamérica y de Latinoamérica: un análisis comparativo

En los trabajos comparativos sobre ambas experiencias, luego de hacer un rápido recorrido por los autores más representativos de algunos países latinoamericanos, se llega a la conclusión de que las fronteras latinoamericanas presentan una mayor diversidad de situaciones que la americana y que no es posible encontrar en ellas una estructura social igualitaria y armónica a la turneriana sino que, por el contrario, una de las características intrínsecas en Latinoamérica es la violencia y la jerarquización; la frontera es el ámbito de los caudillos, los hombres fuertes que dominan a su séquito de hombres. Si tenemos en cuenta los avances historiográficos ya reseñados, es difícil acordar con esta idea. En efecto, como hemos visto, los estudios sobre el oeste norteamericano han mostrado la existencia de apreciables diferencias regionales y

⁴⁷ G. Poyo y G. Hinojosa, "Spanish Texas...", pp. 415-416.

que, en la actualidad, no es posible sostener el modelo turneriano en su totalidad. Por otro lado, las investigaciones sobre espacios fronterizos latinoamericanos tienen una mayor riqueza de la que se observa en estos trabajos y, como veremos en el caso de la frontera bonaerense, acusan cierta influencia turneriana.

Alistair Hennessy presenta el tema de las diferencias/similitudes fronterizas en su justo punto al hacer referencia a los fundamentos ideológicos que llevaron en los diferentes países a la construcción de mitos que explicaran la historia del país. Ya hemos visto que en los Estados Unidos la frontera identificaba el espíritu de avance continuo e inacabado, el llamado "destino manifiesto" que buscaba legitimar un sentimiento fuertemente nacionalista de la nación americana, basado en una estructura política democrática.⁴⁸

En Latinoamérica, el proceso de conformación de Estados nacionales fue mucho más arduo y se caracterizó por la confrontación de facciones políticas opuestas y por la aparición de caudillos hasta avanzado el siglo XIX. En ese contexto de inestabilidad política los mitos que se crearon estaban más centrados en el enaltecimiento de figuras clave de las guerras revolucionarias y civiles. En relación con el fenómeno del caudillismo, los ámbitos rurales y la frontera eran catalogados por los grupos dominantes como la cuna de la "barbarie" que conspiraba contra el desarrollo de la "civilización" urbana que intentaba copiar modelos europeos. Según Hennessy, esta ideología comienza a cambiar en la década de 1920 cuando, por el distanciamiento que el fin de la Primera Guerra Mundial produce hacia el modelo de sociedad europea y por los efectos de la Revolución Mexicana, se produce una revalorización de las culturas autóctonas y surge, en un primer momento como movimiento literario, el *indigenismo*.

Para Hennessy, aun cuando toma conciencia de la simplificación que se produce al hacer explicaciones generales, es tentador hablar de una *reversión de la tesis turneriana en la experiencia latinoamericana*. Si en la primera los valores básicos de la frontera eran la democracia y el igualitarismo, en la segunda es un ámbito caracterizado por la anarquía, la ilegalidad y el despotismo. Y, a diferencia del esquema americano, donde esos valores "fronterizos" trascienden e impregnan a la nación, en Latinoamérica las ciudades, asiento del poder y de la "civilización", terminan dominando y sofocando la barbarie rural.

De todos modos, Hennessy no se limita a analizar las bases ideológicas que sostienen la creación de explicaciones históricas sino que intenta acercarse al análisis concreto de los distintos procesos fronterizos. De igual manera que en la argumentación anterior, el autor presenta esquemas muy generales para toda Latinoamérica mostrando que allí, a diferencia de América del Norte, existieron una diversidad de tipos de frontera —minera, agrícola, ganadera, de plantación, etc.— a cada una de las

⁴⁸ A. Hennessy, *The frontier...*

cuales corresponde un tipo diferente de sociedad que se explica, entre otros factores, por los sistemas de trabajo utilizados, por la propiedad de la tierra, etc. Otras diferencias importantes estarían dadas por el impacto diferente que tuvo la inmigración extranjera y por la relación con la población aborigen en una y otra experiencia. En este último punto, tipifica la frontera americana como “de exclusión”, en donde existía una escasa permeabilidad entre las dos sociedades al contrario de las fronteras latinoamericanas que define como fronteras “de inclusión”, caracterizadas por la aparición de formas culturales híbridas. También aquí el autor reconoce las dificultades de realizar amplias generalizaciones agregando que asimismo en América hubo zonas en donde la frontera fue un lugar de conflictos sociales y/o de estrechos contactos interétnicos.

A pesar de estas prevenciones hubo un intento concreto de aplicar el modelo turneriano a la experiencia latinoamericana. En septiembre de 1968 se realizó en Bloomington el IV Congreso Internacional de Historia Económica, que tuvo una sección especial dedicada a la “Ocupación del suelo, poblamiento y frontera” en países no americanos. Algunos de esos trabajos fueron publicados en la compilación de Álvaro Jara, *Tierras nuevas*.⁴⁹ En la introducción al libro, Jara expresa que uno de los objetivos del encuentro era que la tesis turneriana, aunque fuera como telón de fondo, estuviera presente en el debate. De los trabajos publicados, sólo en los de Álvaro Jara y Rolando Mellafé se hace una referencia explícita a Turner.

En el primero de ellos, Jara critica la imagen turneriana de la frontera como una región aislada y, por el contrario, plantea la importancia de lo que llama la base de sustentación de la frontera. La sociedad no es solamente el pionero americano; ése es sólo un elemento de la misma, pero detrás de él hay una cantidad de circuitos económicos y sociales que condicionan o posibilitan la existencia misma de la frontera. Y para ejemplificar el caso latinoamericano se centra en las características de ocupación y conquista del territorio en Chile.

En su análisis de la frontera agraria en el virreinato peruano, Rolando Mellafé apunta que en ese territorio existieron a lo largo del tiempo “todas las posibilidades de frontera que históricamente conocemos”, que identifica como una frontera bélica que avanza y retrocede a merced de las vicisitudes de la conquista, una frontera como espacio de ocupación reciente, en vías de colonización, y una frontera como espacio geográfico donde “los procesos de producción, de estructuración institucional y social no se han integrado aún en un continuo normal, pero están en camino de formación o de transformación sumamente drástica”. Y, dentro de esta última acepción, Mellafé distingue entre frontera minera, agraria, comercial y demográfica. La pregunta que se presenta ante este planteo es si es lícito utilizar el mismo concepto, frontera, para definir diversas situaciones analíticas. Si el límite militar, oficial, de

⁴⁹ Álvaro Jara (comp.), *Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*. México, El Colegio de México, 1973.

ocupación es definido como frontera, resulta contradictorio otorgarle paralelamente el sentido de espacio social con características sociales y políticas particulares. Creemos que no se trata, como plantea Mellafé, de un devenir histórico en donde una frontera como línea militar deviene en una frontera como espacio geográfico, sino de definir con mayor precisión conceptos que son clave en una investigación.

La frontera en el caso bonaerense

Para dar un cierre al trabajo, nos preguntamos hasta qué punto el debate historiográfico que hemos reseñado ha tenido repercusión en el ámbito local, fundamentalmente en las investigaciones más recientes sobre la expansión de la frontera bonaerense. Una rápida mirada sobre ellas nos lleva a plantear que si bien el debate no se hace explícito y que sólo en unos pocos casos se puede registrar el eco de ideas turnerianas, las investigaciones han avanzado sobre los mismos temas que han renovado la historiografía de la frontera en Norteamérica y Latinoamérica. Deberíamos coincidir entonces con el historiador David Weber, quien plantea, en referencia al estudio de las fronteras hispanas, que a pesar del indudable valor de la idea de Turner sobre la creación autónoma de instituciones y sociedades en estas regiones, se hace evidente, en la producción historiográfica, que gran parte de los estudiosos de la frontera no ven la necesidad de referirse a los trabajos de Turner cuando afirman que ella modificó la sociedad y las instituciones de los españoles.⁵⁰

Veamos más en detalle este tema. En el caso de los trabajos más actuales sobre la expansión de la frontera en la región rioplatense hay un general consenso por definir estos ámbitos como espacios de gran complejidad derivada, entre otros factores, de la diversidad de actores en escena (pobladores originales, migrantes, esclavos, indios), situación que, como hemos visto, se halla prácticamente ausente en la obra de Turner. Sin embargo, a la hora de buscar un marco analítico que encuadre la investigación se apela, en general, a ciertos aspectos del modelo turneriano, como sucede en los trabajos de Juan Carlos Garavaglia y Carlos Mayo sobre la frontera bonaerense.

En efecto, si bien Garavaglia reconoce el peso ideológico que subyace en la formulación de Turner y que trasciende el análisis histórico, toma ciertos planteos turnerianos para aplicarlos a la frontera pampeana, como el concepto de apertura y cierre de la oferta de tierras fértiles. En ese sentido, el autor considera que existió una presión social sobre las tierras fronterizas al igual que en Norteamérica pero que el

⁵⁰ D. Weber, "Los boltonianos y las tierras de frontera", en F. Solano y S. Bernabeau (comps.), *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, pp. 61-84.

resultado fue diferente porque los valores imperantes en las sociedades detrás de las fronteras eran también diferentes.⁵¹

De igual modo, en los trabajos de Mayo sobre la frontera bonaerense la referencia a Turner es bien explícita. Mayo, apelando a los diferentes sentidos que en los escritos turnerianos se le otorgó a la frontera, define el concepto, a la manera de Mellafé, como límite geográfico entre dos sociedades y, a la vez, como lugar de encuentro entre culturas. Esta doble definición lleva a que, al analizar la relación con los indígenas, por momentos se caiga en un relato tradicional donde las sociedades se conectan en función de enfrentamientos bélicos, donde las políticas indígenas españolas se analizan solamente en función de las estrategias blancas, y, finalmente, se mencione el comercio como ámbito casi exclusivo de contacto.⁵² En relación con esto, Carlos Mayo advierte en la introducción a su último libro que el indígena no aparecerá en los trabajos compilados, no obstante lo cual debe entenderse que, como telón de fondo, se encuentra muy presente en el espacio fronterizo.

De los temas que, según hemos reseñado más arriba, concentraron la atención de los historiadores de la frontera, los que más han sido desarrollados por nuestra historiografía fueron la influencia del medio ambiente en la ocupación del espacio, el proceso de poblamiento de estas regiones y el papel desempeñado por algunos sectores marginales.

Con respecto al primer tema, el papel del medio ambiente es incluido como un elemento tan importante como la población en la explicación sobre los procesos de ocupación de la tierra; se hace referencia, por ejemplo, a las motivaciones económicas que determinan el asentamiento en determinado lugar, la forma de distribución de las unidades productivas en función de los recursos naturales, etc. De igual manera se integra al análisis la influencia de los ciclos climáticos sobre el desarrollo de la región.⁵³ En relación con este mismo tema, los investigadores del mundo indígena han producido trabajos muy reveladores donde se analizan los cambios que experimentaron algunos grupos originarios en sus patrones de subsistencia, a partir de las modificaciones medioambientales que produjo la incorporación de nuevas especies vegetales y animales.⁵⁴

⁵¹ J. C. Garavaglia, "Un siglo de estancias en la campaña de Buenos Aires: 1751-1853", en: *Hispanica American Historical Review*, núm. 79:4, 1999, y *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense 1700-1800*, cap. 1, parte segunda, "La ocupación del espacio: un análisis general", Buenos Aires, Ed. de la Flor, 1999.

⁵² Véase C. Mayo y A. Latrubesse, *Terratenientes, soldados y cautivos: la frontera (1736-1815)*, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1993, y C. Mayo, *Vivir en la frontera*, Biblos, 2000.

⁵³ Para un ejemplo del tipo de trabajos que pueden realizarse al incluir esta perspectiva, véase el libro de Juan Carlos Garavaglia, *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense 1700-1830*, Buenos Aires, Ed. de la Flor, 1999.

⁵⁴ Los trabajos pioneros en esta perspectiva fueron los de Raúl Mandrini, "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX)", en: *Anuario IEHS*, núm. 1, Tandil, 1986; "Desa-

Con respecto al segundo tema, los estudios demográficos más recientes han arrojado luz sobre la estructura poblacional de la campaña, y en ellos se destaca el papel que tuvieron los migrantes del interior en la ocupación de algunas zonas de la campaña bonaerense.⁵⁵ Algunos de ellos lograrían una inserción en la sociedad como vecinos a través de distintos mecanismos, en tanto que otros, en la medida en que no logran armar redes con los pobladores del lugar, permanecerían como transeúntes.⁵⁶

Asimismo, la producción de las últimas décadas sobre el mundo indígena ha sido verdaderamente reveladora acerca de la complejidad de esta sociedad. Muestra una realidad mucho más rica que la que se tenía hace poco sobre los circuitos de intercambio que atraviesan la zona de pampa-Patagonia a ambos lados de la cordillera, los conflictos y alianzas interétnicas protagonizados por diferentes parcialidades indígenas y los cambiantes acuerdos que éstas realizaron con los diferentes poderes regionales blancos. En estos trabajos hay, además, un general consenso acerca de la definición de la frontera como un ámbito de interacción de sociedades⁵⁷ que derivaría en la formación de un espacio social particular.

De todos modos, y a pesar de estos indudables avances en el conocimiento del proceso de ocupación y desarrollo de la vida en la campaña bonaerense, aún faltan trabajos que logren desarrollar en su plenitud el estudio de la frontera como un ámbito multicultural que integre a los distintos grupos que vivían en la frontera. La ausencia del indígena, en este sentido, es tal vez lo más evidente. Una lectura más atenta de las fuentes nos permitiría ver al indígena no como un mero espectador ni un objeto pasivo de las acciones de los blancos, sino, por el contrario, lo encontraríamos en la vida diaria fronteriza, intercambiando activamente sus productos con comerciantes de distintos puntos de la campaña, trabajando junto a peones criollos y migrantes del interior e intentando reproducir sus patrones culturales en un contexto social diferente que lo llevaría a modificar, en parte, esas prácticas.

rollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense". en: *Anuario IEHS*, núm. 2, Tandil, 1988, y Miguel Ángel Palermo. "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos". en: *Anuario IEHS*, núm. 3, Tandil, 1988.

⁵⁵ Para una puesta al día sobre el tema, remitimos al trabajo de J. L. Moreno y J. Mateo, "El redescubrimiento de la demografía histórica en la historia económica y social", en: *Anuario IEHS*, núm. 12, 1997.

⁵⁶ Sobre la diferencia entre vecinos y transeúntes, véase Carlos Cansanello, "De súbditos a ciudadanos. Los pobladores rurales bonaerenses entre el Antiguo Régimen y la Modernidad", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, núm. 11, 1^{er} semestre de 1995. Un muy importante trabajo que analiza la conformación de redes sociales en un área de campaña es el de José Mateo, *Población, parentesco y red social en la frontera. Lobos en el siglo XIX*, Universidad Nacional de Mar del Plata-GIHR, 2001.

⁵⁷ En su trabajo, "Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX). Balance y perspectivas", en: *Anuario IEHS*, núm. 7, 1992, Raúl Mandrini realiza un recorrido sobre las modificaciones producidas en la historiografía acerca de la definición de frontera.

¿De qué manera se podría superar esta división entre los estudios rurales y los estudios indígenas para dar pie al estudio de los espacios fronterizos como lugar de encuentro de culturas? Creemos que los estudios microrregionales son escenarios privilegiados para llevar a cabo este desafío y que el marco de los estudios de comunidad, en el caso de que la disponibilidad de fuentes permita este tipo de acercamiento, podría ser una valiosa herramienta para lograrlo. Asimismo, los estudios de comunidad permitirían realizar útiles comparaciones entre asentamientos fronterizos de diferentes zonas. Para ello se deberían elegir comunidades con funciones similares y, como un modo de inicio, seleccionar determinados elementos que hacen a la vida de una comunidad, en busca de una más fructífera comparación de los asentamientos fronterizos.⁵⁸ En la actualidad, se están desarrollando nuevas investigaciones sobre distintos ámbitos de la campaña bonaerense;⁵⁹ esperamos que estas reflexiones sirvan como un punto de partida para ampliar la perspectiva de análisis.

⁵⁸ Este ejercicio está presente en las reuniones académicas donde se debaten avances de investigación sobre distintas regiones de la campaña. Sería deseable que las comparaciones y puntos de encuentro que allí surgen se plasmaran en trabajos de divulgación.

⁵⁹ Además de los trabajos ya citados, debemos mencionar las investigaciones de Guillermo Banzato sobre Chascomús, Monte y Ranchos, de Alejandra Mascioli sobre Dolores, de María Sol Lanteri sobre Azul y de Eugenia Néspolo sobre Luján, entre otros.

RESUMEN

El presente trabajo se ocupa del debate sobre la historia de frontera en Buenos Aires. El estudio está centrado en la transferencia y la articulación de los conceptos de frontera en la historiografía norteamericana y la rioplatense durante el siglo XIX.

This article analyzes the history frontier debate in Buenos Aires. The study focuses the process of transference and articulation of frontier concepts in American and Rioplatense historiography during nineteenth century.

Palabras clave: frontera, indígenas, negociación, economía rural, actores sociales.

NORTH MEETS SOUTH: ARGENTINA Y LA "NUEVA ECONOMÍA INSTITUCIONAL"

JONATHAN C. BROWN*

La Argentina sigue siendo un tema atractivo para aquellos académicos y analistas que tratan de comprender cómo su economía pudo sufrir semejante debacle, ya que la nación parece haber ido de la pobreza a la abundancia, sólo para volver a la pobreza. Partiendo de unos orígenes coloniales muy humildes, el puerto de Buenos Aires fue emergiendo a fines del siglo XVIII como el puerto más importante de Sudamérica. Los argentinos aumentaron su riqueza aun más en el siglo XIX al colonizar las pampas con grandes rebaños de ganado vacuno y bovino. La posterior llegada del tren y los barcos a vapor les permitió agregar el trigo y la carne congelada a su ventaja competitiva. Para la década de 1920, la Argentina podía ser comparada de manera favorable con la mayoría de las naciones "modernas". El producto bruto interno estaba creciendo a un índice anual del 6,7%.¹ La prosperidad también parecía conducir hacia la estabilidad política, ya que las elecciones nacionales llevaban al poder a una nueva administración civil cada seis años.

Pero en ese momento, las cosas empezaron a salir mal. La Depresión debilitó la confianza de la nación y provocó un golpe de Estado militar en 1930. El coronel Juan Perón surgió quince años después para conducir al país hacia un período de industrialización nacional, reformas sociales redistributivas y una inflación creciente. Siguió varias intervenciones militares adicionales, incluyendo uno de los peores casos de abuso de los derechos humanos de toda Latinoamérica en la década de 1970. A pesar de una década de reformas y privatizaciones orientadas hacia el mercado, actualmente la Argentina enfrenta su mayor crisis política y económica desde 1820.

Éste es el contexto en el cual todos se preguntan "¿qué es lo que salió mal?". En el pasado, los historiadores se habían acostumbrado a nombrar a la Argentina como un caso ejemplar de los países del Tercer Mundo que habían podido utilizar sus ex-

* Universidad de Texas en Austin. Traducción de Julián A. Massaldi Fuchs.

¹ Carlos F. Díaz Alejandro, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Connecticut, 1970, p. 52.

portaciones agrícolas para lograr una industrialización exitosa.² En la década 1970, la inflación en la Argentina llegó a un nivel que significaba el final de su proceso de industrialización por medio de sustitución de importaciones. Esto permitió que los estructuralistas y dependistas ganaran consenso. Ellos veían a la orientación exportadora tradicional del país como la culpable de haber impedido el desarrollo de la periferia de una manera tal como sólo podrían desarrollarse las metrópolis industriales de Inglaterra y los Estados Unidos.³ El cambio más reciente en la interpretación dominante ha aparecido luego de la crisis inflacionaria de 1989 y la reapertura de los mercados en la década de 1990. Ahora, los académicos están cuestionando los legados institucionales por los que la Argentina ha llegado al estancamiento. Para David S. Landes, la Argentina se ha convertido en el caso arquetípico del proceso que lleva a las naciones al empobrecimiento.⁴

En la actualidad, los académicos están intentando reinterpretar la historia económica latinoamericana según la Nueva Economía Institucional (NEI). El premio Nobel Douglass C. North es quien introduce el punto de partida. Sus trabajos han sido traducidos al español y distribuidos entre estudiantes latinoamericanos.⁵ Los académicos de la London School of Economics publicaron un grupo de ensayos sobre la Nueva Economía Institucional y el Desarrollo del Tercer Mundo (*New Institutional Economics and Third World Development*). Dentro de los últimos cinco años, algunos de los académicos más renombrados reunidos en la International Economic History Association en Madrid y luego en Buenos Aires dedicaron varias sesiones plenarias a la evaluación del desarrollo latinoamericano (o a la falta del mismo, en comparación con otros

² W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: a Non-Communist Manifesto*, 2^{da} ed., Cambridge, Inglaterra, 1971, pp. 37-38; Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967. Su éxito al abrir las praderas pampeanas para la agricultura entre 1879 y 1930 hasta motivó a los historiadores a comparar a la Argentina con Canadá y Australia. Véase Jeremy Adelman, *Frontier Development: Land, Labour, and Capital on the Wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914*, Oxford, Inglaterra, 1994; Carl Solberg, *The Prairies and the Pampas: Agrarian Policy in Canada and Argentina, 1880-1930s*, Stanford, California, 1987; *Argentina, Australia, and Canada: Studies in Comparative Development, 1870-1965*, editado por D. C. M. Platt y Guido Di Tella, Londres, 1985; *Argentina y Australia*, editado por John Fogarty, Ezequiel Gallo, y Héctor Diéguez, Buenos Aires, 1979.

³ Raúl Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, 1963; José María Rosa, *Análisis histórico de la dependencia argentina*, Buenos Aires, 1974; Andrés M. Carretero, *Orígenes de la dependencia económica argentina*, Buenos Aires, 1974.

⁴ David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some are so Rich and Some so Poor*, Nueva York, 1999, pp. 310-328. Para leer una historia del autoanálisis propio de los argentinos, véase Tullio Halperin Donghi, "Argentines ponder the burden of the past", en: *Colonial Legacies: the Problem of Persistence in Latin American History*, editado por Jeremy Adelman, Londres, 1999, pp. 151-174.

⁵ Douglass C. North, "Una teoría de la política basada en el enfoque de costos de transacción", en: Mariano Tommasi y Sebastián Saiegh, *La nueva economía política: racionalidad e instituciones*, Buenos Aires, 1990, pp. 97-112; North, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, 1995.

continentes) según la NEI. Otros han editado un volumen de ensayos sobre México y Brasil con el propósito de determinar cómo Latinoamérica quedó rezagada (*How Latin America Fell Behind*), una referencia a la dicotomía, frecuentemente repetida por North, entre los sistemas institucionales [ingleses] que promovieron el crecimiento en sus colonias norteamericanas y el legado burocrático que asfixió las economías coloniales de España.⁶ Ahora la NEI ha llegado a la Argentina. En el libro *Republic of Capital: Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World* (Stanford University Press, 1999), Jeremy Adelman utiliza el marco del "nuevo institucionalismo" de manera más rigurosa que ningún otro historiador.

Adelman se propone analizar cómo la Argentina realizó la transformación institucional desde "una economía mercantil colonial" a fines del siglo XVIII a una economía de capitalismo comercial a fines del XIX. Analiza cuestiones de economía política tales como las ideas y los intereses en competencia, el impacto económico de las disputas internas y el proceso de construcción de la nación. Adelman se interesa especialmente en la evolución de los arreglos institucionales con respecto a deudas, derechos de propiedad y emisión monetaria. El autor utiliza el nuevo institucionalismo por su valor heurístico en la identificación de problemas, la formulación de preguntas y para sugerir la importancia de investigar el marco institucional del intercambio económico. De hecho, Adelman sigue a otros historiadores que también "reinstalan al Estado" dentro de la historia económica, y sin tomarlo totalmente como un factor negativo para el desarrollo. La investigación del estado como un agente de *third party enforcement* o coerción de un partido tercero imparcial (por ejemplo, un corte) en contratos comerciales se ajusta adecuadamente a las recetas de North.⁷

Desde el principio, Adelman describe las características institucionales de la economía de la Argentina en el siglo XVIII en términos más bien desoladores de acuerdo con su carácter mercantilista. El Buenos Aires de fines de la era colonial producía poco. Más bien, dependía de la plata de Potosí para la mayor parte de sus exportaciones. Las normas españolas impedían el comercio con traficantes extranjeros, los mercaderes habían formado un gremio hermético con el objetivo de restringir los permisos para comerciar, y los títulos de propiedad de tierras variaban entre "una canti-

⁶ Douglass C. North y Robert Paul Thomas, *The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge, Inglaterra, 1973, cap. 10; *The New Institutional Economics and Third World Development*, editado por John Harris, Janet Hunter y Colin M. Lewis, Londres, 1995; Michael D. Bordo y Roberto Cortés Conde, "The legacy of western European fiscal and monetary institutions for the new world: The 17th to the 19th Century", en: *Debates and Controversies in Economic History: Proceedings of the Twelfth International Economic History Congress*, editado por Clara-Eugenia Núñez, Madrid, 1997, pp. 177-217; *How Latin America Fell Behind: Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*, editado por Stephen Haber, Stanford, California, 1997; *Latin America and the World Economy Since 1800*, editado por John A. Coatsworth y Alan M. Taylor, Cambridge, Massachusetts, 1998.

⁷ Douglass C. North, *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge, Inglaterra, 1990, p. 35.

dad innumerable de formas". "En general, los mercaderes vendían sus bienes a precios inflados en connivencia y compraban la producción rural en las temporadas en que los precios descendían —un claro sistema de intercambio desigual entre el campo y la ciudad—." (p. 38).

Para Adelman, la revolución independentista de Argentina dio comienzo a la destrucción de las instituciones mercantilistas, y generó nuevas nociones sobre derechos de propiedad y política monetaria. Adelman inicia su análisis con las figuras que promovían reformas prerrevolucionarias, intelectuales criollos tales como Manuel Belgrano, Manuel José Lavardén y Mariano Moreno. Ellos cuestionaban la política comercial española. Argumentaban a favor del "libre comercio", el fin de los monopolios, la creación de riqueza a través de la producción agrícola, y la igualdad entre los comerciantes españoles y criollos. Para Adelman, estos pensadores argentinos imaginaban un mundo en el que "los derechos eclipsarían a los privilegios y la búsqueda de plusvalía debería desplazar a la búsqueda de renta; los intereses debían obedecer al mercado, no a las reglas políticas" (p. 74).

Al rastrear el surgimiento de instituciones modernas que favorecían transacciones de bajo costo capaces de impulsar la expansión económica, Adelman entrelaza su narración de la revolución con la episódica aparición de reglas de juego alternativas. Él introduce a los lectores a los primeros experimentos en política republicana: la Ley Electoral de 1815, que unía el sufragio a la propiedad en lugar del derecho de nacimiento, y la Asamblea de 1824, cuyos representantes fueron elegidos por ciudadanos varones sin tener en cuenta requisitos de propiedad o alfabetismo. El autor destaca correctamente que ésta y otras reformas tempranas naufragaron en las turbias aguas de las disputas políticas internas. Sin embargo, según Adelman, la revolución sí destruyó para siempre "el poder de la propiedad política y la fortuna de los mercaderes buscadores de renta" (p. 106).

Luego Adelman lleva a sus lectores a través de la reacción termidoriana de los años de Rosas. Si se puede decir que existen en este análisis otros villanos además de aquellos mercaderes coloniales buscadores de rentas, Juan Manuel de Rosas surge como uno de ellos. Adelman se refiere a quien fue gobernador de Buenos Aires entre 1832 y 1852 como "el *poltergeist* del poder" (p. 115). Describe el sistema político rosista de Buenos Aires como un regreso al autoritarismo. El gobernador otorgaba tierras a sus amigos políticos y sacrificaba los intereses comerciales de las provincias del interior (que Rosas no podía controlar) en favor de los de la provincia de Buenos Aires (que sí controlaba). Rosas emprendió guerras contra caudillos provinciales rivales, socavando aun más la estabilidad del nuevo peso de papel. Sin embargo, bajo Rosas, los comerciantes y terratenientes de Buenos Aires recibían seguridad adicional para los derechos de propiedad, con los que podían explotar los precios de mercado favorables para el cuero y la lana. El autor concluye que la restauración rosista del orden en Buenos Aires dio vida a formas anteriores de contratos comerciales. Adelman escribe que "Rosas era el criado de la nueva propiedad

pero se negaba a ser su guardián" (p. 140). El cambio institucional es, después de todo, gradual.

Según Adelman, las ideas tenían gran importancia en esta transformación. Dedicó varios capítulos a detallar la manera en que los intelectuales y estadistas argentinos formaron nuevas concepciones de los derechos individuales y el orden político, así como del poder nacional y la reforma monetaria. El autor analiza en profundidad a Esteban Echeverría, Domingo F. Sarmiento, Bartolomé Mitre y, especialmente, Juan Bautista Alberdi. El derrocamiento de Rosas en 1852 abrió el camino para que sus ideas sobre la estabilidad política y la propiedad privada se materializaran en la Constitución de 1853. La resolución de las diferencias políticas entre los ciudadanos de Buenos Aires, con sus privilegios económicos, y los caudillos que representaban a las provincias del interior finalmente se logró en 1880, cuando una rebelión en el ejército federalizó a Buenos Aires y la convirtió en la capital de la nación y no de la provincia. La antigua colonia española se había convertido en la República del Capital. La Argentina se encontraba ahora preparada para su extraordinaria expansión, sustentada en las exportaciones, que tuvo lugar entre 1880 y 1930, impulsada por la construcción de líneas férreas, la navegación a vapor, enormes corrientes inmigratorias de Europa e instituciones económicas eficientes.

Para quien escribe estas líneas, Adelman se desempeña de manera brillante en su análisis del surgimiento de la Constitución de 1853. En su narración, entrelaza los intereses provinciales rivales y las maniobras políticas llevadas a cabo por los titanes de la época —Alberdi, Sarmiento, Mitre, Rosas y el general Justo José de Urquiza—. Adelman explica cómo los objetivos de estos Liberales, tales como el orden político y la unidad nacional, se priorizaron por encima de los objetivos revolucionarios originales de justicia social, federalismo y autonomía provincial. Es más, la Constitución alentó la creación de un segundo nivel de instituciones, particularmente los tribunales comerciales que adjudicaban contratos comerciales. En lo que respecta al proceso gradual de cambio institucional, tal vez el arquitecto de la Constitución tuvo la última palabra. Citando a Adelman: "Alberdi argumentaba que 'somos el producto' de la ley pública española, 'y mientras que deberíamos buscar cambiar los fines, los *medios* deberán ser, por mucho tiempo, aquellos en los que hemos sido educados" (pp. 212-213).

Otra tesis que atraviesa todo el libro se relaciona con la máxima de North según la cual los movimientos de precios conducen a cambios institucionales.⁸ Adelman cita evidencia del crecimiento de mercados, el aumento en la llegada de productos extranjeros al Río de la Plata a lo largo del siglo XIX, la expansión de estancias a través de las praderas vírgenes, y la respuesta ante la variabilidad de los precios por parte de los productores y comerciantes argentinos. Según sostiene, esta actividad mercantil agotó al antiguo sistema de derechos fiduciarios y de propiedad. Las nuevas nece-

⁸ *Ibíd.*, p. 83.

sidades de capital motivaron la formación de la Bolsa de Valores en 1854. El Bank of London and the River Plate abrió sus puertas en 1862. Otros bancos lo siguieron. El Código Comercial de 1862 y el Código Rural de 1865 brindaron entonces un marco nacional para las transacciones crediticias y de propiedades.

El último factor fundamental en la construcción de la República del Capital llegó con la reforma monetaria. Adelman describe cómo las interferencias políticas del siglo XIX habían generado un revoltijo de escrituras inconvertibles emitidas por gobiernos provinciales. Finalmente, la unidad política permitió el establecimiento de una moneda nacional estable basada en los bancos nacionales autónomos que estaban "bajo el control del patriciado comercial-financiero de Buenos Aires" (p. 274). Adelman dice de la reforma monetaria que "redujo el riesgo de utilizar moneda de curso legal, estimuló un naciente sistema privado de crédito, y permitió que pasara a mejor vida la tradición colonial de utilizar moneda de comerciantes." (p. 276).

Desde el punto de vista de la historiografía económica latinoamericana, el libro de Adelman es un logro enorme. El autor ha aceptado el desafío de la NEI y realizado con éxito la investigación y el análisis de las fundaciones institucionales de la economía moderna argentina. Evita la producción de otra historia económica basada tanto en un análisis neoclásico estándar de mercados y producción como en una evaluación estructuralista de las deficiencias del "crecimiento hacia afuera" del país.

Habiendo dicho esto, el estudio de Adelman no contribuye mucho a la resolución del enigma de la Argentina tal como se lo describió en el primer párrafo de este análisis —o sea, qué es lo que salió mal—. Aquellas personas que estén familiarizadas con las dificultades económicas del país en la actualidad podrían no reconocer a la Argentina que Adelman describe como la República del Capital, alrededor de 1880. Adelman escribe que "el formalismo legal —el compromiso de deducir soluciones legales a partir de principios abstractos y aparentemente neutrales— liberó al proceso de decisión sobre los derechos individuales y colectivos de cualquier influencia ideológica. De esta manera, los mercados de bienes, mano de obra y especialmente de capital podían funcionar de acuerdo a sus propias leyes, más allá de las clases sociales" (p. 281). Quien escribe concuerda con Adelman en que el siglo XIX no fue el momento en que la Argentina quedó rezagada. Pero tampoco fue el período de cambio institucional que el autor sugiere.

Como una explicación alternativa, quería proponer tres hipótesis interrelacionadas. Primero, el período colonial tardío de la Argentina no fue tan mercantilista como lo sugieren los institucionalistas. Segundo, los sistemas coloniales de crédito y propiedad no necesitaban un cambio demasiado grande para que los empresarios argentinos pudieran responder a los mercados decimonónicos. Tercero, el verdadero problema sin resolver de la era poscolonial no fue ni económico ni político; fue social.

Llegados a este punto, tenemos la necesidad de estudiar la NEI original en mayor detalle. La visión de las instituciones latinoamericanas que propone Douglass North

proviene de tres libros y un artículo.⁹ Si North hubiese leído sobre la Argentina en el siglo XIX, quizá no habría arrojado a toda Latinoamérica tan displicentemente al cesto de la ineficiencia institucional. Son pocos los latinoamericanistas –y menos aún Adelman– los que suscriben a la caracterización descalificadora que hace North del legado español. Sin embargo, la NEI sí logra atrapar a quienes la practican en [una *path dependency* o] una “dependencia del camino” que es de su exclusividad.

El mayor problema yace para Adelman en el retrato de la Argentina en el período colonial tardío como un ejemplo clásico de mercantilismo. La pregunta es: ¿cuán efectiva era en la práctica esta teoría económica del imperio? El mercantilismo implicaría un sistema en el que los costos de transacción se elevarían debido a las restricciones sobre el comercio, la búsqueda de renta por parte de los mercaderes, las exportaciones de plata, los déficit comerciales, los impuestos excesivos y la prohibición burocrática de industrias domésticas. Pero este tipo de mercantilismo ya no se encontraba en la Argentina desde el siglo XVII –si es que alguna vez existió allí–. El mercantilismo se había visto socavado en Buenos Aires por el constante aumento del comercio ilegal con barcos de Portugal, Francia e Inglaterra. El comercio de plata era supuestamente ilegal en Buenos Aires, pero lo practicaban los funcionarios locales y hasta los jesuitas. ¿De qué otra manera podría haber crecido el puerto “cerrado” de Buenos Aires desde una población de 4.600 habitantes en 1674 hasta más de 22.500 en 1770?¹⁰

Las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII representaron, al contrario de como las caracteriza North, el reconocimiento de parte de la corona de que los colonos habían estado ignorando sus medidas mercantilistas.¹¹ Aun después de 1778, cuando

⁹ *Ibid.*, pp. 103, 116-117; Douglass C. North, “Institutions and economic growth: an historical introduction”, en: *World Development*, vol. 17, núm. 9, 1989, p. 329. Las Fuentes citadas por North son Claudio Véliz, *The Centralist Tradition in Latin America*, Princeton, Nueva Jersey, 1980; William P. Glade, *The Latin American Economies: a Study of their Institutional Evolution*, Nueva York, 1969; Hernando de Soto, *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World*, Nueva York, 1989; John Coatsworth, “Obstacles to Economic Growth in Nineteenth Century Mexico”, en: *American Historical Review*, vol. 83, núm. 1, 1978, pp. 80-100. Otros autores han señalado que North tiende a relegar a todas las instituciones del Tercer Mundo como instituciones que son “eficientes para hacer más improductivas a las sociedades”. John Harris, Janet Hunter, y Colin Lewis, “Introduction”, en: *The New Institutional Economics*, p. 6.

¹⁰ Acarete du Biscay, *Account of a Voyage up the River de la Plata and Thence Overland to Peru*, Londres, 1698, reimpresso en New Haven, Connecticut, 1968; Juan Agustín García, *La ciudad indiana: Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII*, Buenos Aires, 1955, pp. 179-186; Jorge Comandrán Ruiz, *Evolución demográfica argentina durante el período hispano (1535-1810)*, Buenos Aires, 1969, pp. 43-44.

¹¹ “Aunque los Borbones realizaron esfuerzos para revertir la política burocrática centralizada y [eso] condujo en algún grado a la liberalización del comercio hacia dentro del imperio, el cambio fue parcial y rápidamente se vio negado.” Douglass C. North, *Institutions. Institutional Change*, ob. cit., p. 103. No hay dudas de que las reformas imperiales aumentaron la cantidad de comercio entre Buenos Aires y España. Véase especialmente John Fisher, “The imperial response to ‘free trade’: Spanish imports from Spanish America, 1778-1796”, en: *Journal of Latin American Studies*, vol. 17, núm. 1, 1985, p. 63. Pero la verdadera intención de los Borbones reformistas era elevar los ingresos por impuestos coloniales en Buenos Ai-

las leyes marítimas españolas abrieron a Buenos Aires como puerto legal, el aumento en el tráfico de plata no inhibió la colonización de las praderas. La población del Buenos Aires rural a fines del siglo XVIII crecía más del 8% anualmente, a mayor velocidad que la población de la metrópoli comercial (2,2% anual).¹² Ni siquiera las mayores restricciones imperiales de los Borbones podían eliminar la ventaja comparativa. Las naves foráneas aumentaron su participación en el comercio entre España y Latinoamérica, y el contrabando continuó floreciendo hasta el punto en que hasta los privilegiados mercaderes españoles debían practicarlo para mantenerse competitivos.¹³ El declive económico de Iberia, citado tan a menudo por North, no arrastró consigo a sus colonias americanas. La Argentina colonial del último período ya exhibía las mismas tendencias de crecimiento impulsado por exportaciones que los historiadores a veces atribuyen sólo a la era posterior a la Independencia. El país no quedó atrapado en la red del mercantilismo español.

Una segunda objeción al enfoque de la NEI según como ha sido utilizada hasta ahora involucra el presupuesto de que las transacciones financieras y de propiedades que sobrevivieron al período colonial en el siglo XIX fueron ineficientes. John Coatsworth escribe que "los regímenes ibéricos y sus Estados sucesores impusieron un amplio espectro de restricciones institucionales sobre la empresa productiva en el Nuevo Mundo. Estas restricciones distorsionaron los incentivos al elevar los costos y riesgos privados de la empresa productiva, que podría haber contribuido al crecimiento económico"¹⁴ En realidad, es cierto que las economías formales de varias ex colonias españolas cayeron en una depresión prolongada a principios del siglo XIX. Esto puede atribuirse más al colapso de la industria minera en México, Perú y Bolivia que a cuellos de botella institucionales.¹⁵ Se pueden encontrar desarticulaciones

res "según los intereses de la madre patria." John Lynch, *Spanish Colonial Administration, 1782-1810: The Intendant System in the Viceroyalty of the Rio de la Plata*, Londres, 1958, p. 148.

¹² Susan M. Socolow, "Buenos Aires at the time of Independence", en: *Buenos Aires: 400 Years*, editado por Stanley R. Ross y Thomas F. McGann, Austin, Texas, 1982, p. 22; *Buenos Aires, 1800-1830*, vol. 1, *Su gente*, dirigido por César A. García Belsunce, Buenos Aires, 1976, p. 174ff. Aun para el período colonial, según señala Samuel Amaral, las propiedades rurales eran gerenciadas "con sólidas bases económicas y en respuesta a las demandas del mercado y los márgenes de ganancia" (Samuel Amaral, *The Rise of Capitalism on the Pampas: the Estancias of Buenos Aires, 1785-1870*, Cambridge, Inglaterra, 1998, p. 34).

¹³ Susan M. Socolow, *The Merchants of Buenos Aires, 1776-1810*, Cambridge, Inglaterra, 1978, p. 148; "Economic activities of the porteño merchants: the viceregal period", en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 55, núm. 1, febrero de 1975, pp. 11-12; Germán O. E. Tjarks y Alicia Viduarreta, *El comercio inglés y el contrabando: nuevos aspectos en el estudio de la política económica en el Río de la Plata, 1807-1810*, Buenos Aires, 1962, pp. 17-20.

¹⁴ Coatsworth, "Economic and institutional trajectories in nineteenth century Latin America", en: *Latin America and the World Economy*, 33; Douglass C. North, *Institutions, Institutional Change*, ob. cit., p. 116.

¹⁵ Sobre este punto, creo que algunos mexicanólogos estarían de acuerdo conmigo. Véanse Margaret Chowning, "Reassessing the prospects for profit in nineteenth-century Mexican Agriculture from a Regional perspective, Michoacán, 1810-60", en: *How Latin America Fell Behind*, p. 180; Richard J. Salvucci, "Mexican national income in the era of independence, 1800-1840", en: *How Latin America Fell Behind*, p. 216.

similares en el interior de la Argentina cuando las cercanas minas de Potosí cesaron su producción durante las guerras de independencia. Sin embargo, como lo indica Adelman, Buenos Aires y sus alrededores claramente no experimentaron una interrupción prolongada de la economía exportadora durante la Revolución.

En el Buenos Aires poscolonial, los empresarios respondieron con presteza a las nuevas oportunidades comerciales. Los comerciantes británicos, franceses y norteamericanos reemplazaron a los españoles como eslabones esenciales con la demanda del Atlántico Norte; y los clanes mercantiles de origen español dirigieron sus inversiones hacia la tierra, el ganado y el comercio doméstico. La cantidad de barcos que arribaban al puerto aumentó de un promedio anual de 107 en la década de 1810 a 208 en la de 1840, y a 674 en la de 1850.¹⁶ Ya no venían por la plata sino en busca de productos ganaderos. Los rebaños domesticados se expandieron por las pampas, y al puerto llegaban partidas adicionales de cuero y otros productos desde las provincias mesopotámicas de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe. Carlos Newland señala que el total de exportaciones argentinas estaba creciendo a casi el 6% anual, y las exportaciones per cápita, a más del 3%.¹⁷ Los ganaderos desplazaron la frontera de colonización hacia el sur hasta Bahía Blanca, y los estancieros más vecinos al puerto llenaron los terrenos con rebaños de ovejas Merino y Southdown.¹⁸ Todos estos intercambios ocurrieron sin una constitución nacional y a pesar del efecto inflacionario de las disputas internas.

Sin embargo, las disposiciones financieras y de tenencia de tierras del siglo XIX siguieron siendo las mismas que las del período colonial. Los mercaderes y los terratenientes se extendían entre sí la antigua libranza colonial, la carta de crédito que siempre había compensado la falta de moneda de plata. Según Juan Carlos Garavaglia, "los grandes propietarios rurales no despreciaban prestar dinero a interés, invertir en acciones o bonos y especular con onzas de oro".¹⁹ Compraron y vendieron estancias con gran facilidad. Aquellos que obtenían usufructo de la tierra bajo registros tradicionales esperaban aprovechar sus frutos. Los terratenientes dividieron las propiedades extensas, vendiendo pequeñas partes a recién llegados para obtener ca-

¹⁶ Luis Alberto Romero, "Buenos Aires: la sociedad criolla, 1810-1850", en: *Revista de Indias*, vol. 41, núms. 163-164, 1981, p. 146. Jonathan C. Brown, "A nineteenth-century Argentine cattle empire", en: *Agricultural History*, vol. 52, núm. 1, 1978, pp. 161-162; Jonathan C. Brown, *A Socioeconomic History of Argentina, 1776-1860*, Cambridge, Inglaterra, 1979, p. 75.

¹⁷ Newland, "Economic development and population change: Argentina, 1810-1870", en: *Latin American and the World Economy*, p. 207.

¹⁸ S. Amaral, *The Rise of Capitalism...*; Tulio Halperin Donghi, "Expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en: *Desarrollo Económico*, vol. 3, núms. 1-2, 1963, pp. 7-110; Brown, *A Socioeconomic History*, caps. 6-8.

¹⁹ Juan Carlos Garavaglia, "Patrones de inversión y 'clite económica dominante': los empresarios rurales en la pampa bonaerense a mediados del siglo XIX", en: Jorge Gelman, Juan Carlos Garavaglia y Blanca Zcherio (comps.), *Expansión capitalista y transformaciones regionales: Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, 1999, p. 141.

pital con vistas a mejorar la producción vacuna y de lana. Estos contratos de venta se mantuvieron en manos de particulares, aparentemente sin verse inhibidos por costos burocráticos. Samuel Amaral afirma que el Código Rural de 1865, en realidad, sólo codificó “hábitos y costumbres” practicados tradicionalmente”.²⁰ Incluso los impuestos representaban costos muy bajos para los productores que evitaban pagar la contribución directa sobre la producción rural (como demuestra Adelman) al igual que sus predecesores habían escapado a los aranceles coloniales. Quizá nosotros los historiadores deberíamos tomar en cuenta ese legado colonial que todavía reduce los costos de transacción en Latinoamérica —la evasión de impuestos—.

Estas antiguas reglas de juego no impidieron el desarrollo capitalista en las estancias. La producción rural de hecho se volvió más eficiente en la primera mitad del siglo XIX. En esto, los precios sí importaban. En el largo plazo, los precios de los productos del ganado vacuno y bovino en Buenos Aires descendieron lentamente, aunque esto no logró disminuir el crecimiento de la actividad agrícola en Buenos Aires.²¹ La razón es simple: los estancieros podían trasladar el costo del procesamiento del ganado de sus propiedades situando los saladeros en las cercanías del puerto. En lugar de enviar cueros y carne disecada a Buenos Aires, como lo hacían en 1810, los estancieros comenzaron a enviar ganado de pie. De esta manera, trasladaron el costo del procesamiento de la vaca al sector urbano. Las autoridades de Buenos Aires, probando que el Estado también importaba, establecieron depósitos y corrales públicos para facilitar estas ventas privadas.²² La inflación de la moneda de papel apenas afectó estas transacciones locales, ya que todos hacían sus cuentas en pesos de plata, cuya estabilidad de valor igualaba a la de la moneda colonial. De hecho, según María Alejandra Irigoín, “las políticas inflacionarias [del gobierno] terminaban subsidiando la expansión de las exportaciones rurales.”²³ Quizá carezcamos de las herramientas para medir los costos reales de las transacciones que tuvieron lugar dentro de las instituciones existentes en la Argentina del siglo XIX. Pero sí sabemos que no trajeron estancamiento y decadencia antes de la llegada de la República del Capital de Adelman.

Queda una última advertencia con respecto a los tipos de “dependencia del camino” a los que la NEI nos podría llevar a los historiadores económicos. Podría conducirnos a ignorar los costos de transacción presentados por la organización social

²⁰ S. Amaral. *The Rise of Capitalism...*, p. 154. Véase también Brown, *A Socioeconomic History*, pp. 151-152; Juan Carlos Garavaglia y Jorge D. Gelman, “Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850: Results of a historiographical renaissance”, en: *Latin American Research Review*, vol. 30, núm. 3, 1995, p. 87; Pedro M. López Godoy, *Historia de la propiedad y primeros pobladores del Partido de Pergamino*, 2 vols., Pergamino, Argentina, 1973, 2, pp. 449-450.

²¹ Julio Broide. *La evolución de los precios agropecuarios argentinos en el período 1830-1850*. Buenos Aires, 1951; S. Amaral, *The Rise of Capitalism...*, pp. 237, 286.

²² Brown, *A Socioeconomic History...*, pp. 109-114.

²³ María Alejandra Irigoín, “Inconvertible paper money, inflation and economic performance in early nineteenth century Argentina”, en: *Journal of Latin American Studies*, vol. 32, 2000, p. 359.

neocolonial en Latinoamérica. Mientras Douglass North escribe de manera elocuente acerca del impacto saludable de la Ordinance of the Northwest Territory (Ordenanza del Territorio del Noroeste) (estableciendo un gobierno representativo y republicano en el territorio de Ohio en 1787), menosprecia el legado de la burocracia española en Sudamérica, ignorando las diferencias sociales más obvias. En la composición de la población colonial de Norteamérica había mayoría de europeos blancos, aun si se cuentan los esclavos africanos. La Ordenanza del Noroeste especificaba que "habrá un representante (legislativo) para cada quinientos habitantes masculinos libres."²⁴ Por supuesto, el estatuto no incluía esclavos africanos o indígenas entre estos 500 electores. Sin embargo, los colonizadores blancos eran clara mayoría.

En la Argentina, en cambio, los blancos constituían una minoría de la población colonial. Los blancos eran dueños de la tierra, pero los negros y pardos y los migrantes de color de las provincias del interior hacían el trabajo. Los estancieros de Buenos Aires también contrataban indígenas paraguayos como peones en las estancias.²⁵ ¿En cuál sociedad se esperarían encontrar la distribución de derechos y privilegios más desigual y las reglas más injustas para la participación económica? "[L]as posibilidades no [fueron] iguales para todos," escribe Jorge Gelman, "sino que [estaban] determinadas en gran medida por una serie de factores de partida, como la clase social, la condición étnica, el sexo, el *status* jurídico, etc."²⁶ Las instituciones económicas de origen colonial continuaban facilitando las transacciones entre los mercaderes y terratenientes blancos en la Buenos Aires del siglo XIX, pero las prácticas sociales no extendían estas mismas facilidades a la mayoría no blanca.

La relación dentro de esta jerarquía multirracial tradicional era obviamente paternalista, pero también inhibidora de intercambios económicos. Los estancieros no toleraban libertad de empresa entre aquellos a quienes consideraban racialmente in-

²⁴ Douglass C. North, "Institutions and economic growth", ob. cit., p. 1.326. Para ver el texto de la Ordenanza del Territorio del Noroeste, 1787, véase <<http://www.ohiohistory.org/online/doc/northwest/ordinance/index.html>>.

²⁵ Algunos de los primeros mercaderes británicos que llegaron a Buenos Aires calcularon que sólo un quinto de los habitantes de la ciudad eran blancos. Véanse Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el interior: observaciones reunidas durante una larga residencia. 1806 a 1807*, traducido por Carlos A. Aldao, Buenos Aires, 1921, p. 65; J. P. y W. P. Robertson, "Cartas de Sud-América", en: *Episodios históricos, vida y costumbres de Buenos Aires*, editado por José Luis Busaniche, Buenos Aires, 1950, vol. 2, p. 184. Los historiadores de la Argentina del siglo XIX saben que al menos un cuarto de la población de Buenos Aires (c. 1810) estaba compuesta por esclavos africanos y personas de color libres. Pero no había ninguna categoría para cuantificar a los mestizos en los primeros censos de la provincia, de manera que todos los mestizos se contabilizaban como blancos. Mónica Quijada, Carmen Bernard y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, 2000, p. 126. Para una discusión más completa, véase Jonathan C. Brown, "The bondage of old habits in nineteenth-century Argentina", en: *Latin American Research Review*, vol. 21, núm. 2, 1986, pp. 9-11.

²⁶ Jorge Gelman, *Campesinos y estancieros: una región del Río de la Plata a fines de la época colonial*, Buenos Aires, 1998, p. 302.

feriores. La labor manual en sí misma quedó identificada con la raza, de manera que, en este sentido, un peón blanco no tenía una posición mucho mejor que la de sus paisanos de raza mixta. La mano de obra escaseaba, aumentando los costos para los productores, en parte porque muchos trabajadores rurales preferían una vida de independencia y movilidad más que una relación prolongada de inferioridad en las estancias.²⁷ Como Adelman reconoce, había una fuerte corriente de elitismo y de sospecha hacia el populacho de parte de los liberales que construyeron la nación. Las cuestiones del control social lograban constantemente imponerse por sobre las que surgían de las transacciones económicas. Mark D. Szuchman señala que “las tensiones sociales y raciales [...] constituían la mayor preocupación de los sectores urbanos blancos de clase media y alta de Buenos Aires”.²⁸ Entonces, ¿cómo lograron los productores expandir sus rebaños, contratar personal para realizar mejoras, diversificarse hacia la producción de lana con mano de obra intensiva y mantener la creciente infraestructura rural de los pueblos, el alquiler de la tierra, y los negocios rurales? Importaron inmigrantes europeos. No se trataba de la inmigración en masa de fines del siglo XIX; sin embargo, llegaron inmigrantes irlandeses para cavar las fosas que en la pampa hacían las veces de alambrados. Los inmigrantes británicos introdujeron sus conocimientos sobre pastoreo a cambio de una porción de la producción lanera. Los españoles llegaron para alquilar tierras y establecer pulperías rurales por medio de contratos (registrados a bajo costo en registros de escribanías de estilo colonial) con mercaderes y terratenientes locales.²⁹

²⁷ Éste es un argumento que desarrollo en mayor profundidad en Jonathan C. Brown. “Revival of the Rural economy and society in Buenos Aires”, en: *Revolution and Restoration: the Rearrangement of Power in Argentina, 1776-1860*, editado por Mark D. Szuchman y Brown. Lincoln, Nebraska, University of Nebraska Press, 1994, pp. 255-265. Véase también Ricardo D. Salvatore, “Reclutamiento militar, disciplinamiento y proletarianización en la era de Rosas”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, núm. 5, 1^{er} semestre de 1992, pp. 25-48. Otros historiadores han investigado los cambios en la mano de obra rural. Cf. Richard Slatta, *Gauchos and the Vanishing Frontier*, Lincoln, 1983, pp. 32-33; Carlos A. Mayo, “Estancia y peonaje en la región pampeana en la segunda mitad del siglo XVIII”, en: *Desarrollo Económico*, vol. 23 núm. 92, 1984, pp. 610-611 y 616. Es cierto que la naturaleza del trabajo rural y los trabajadores es aún una cuestión conflictiva entre los historiadores de la pampa. Véanse especialmente *La historia agraria del Río de la Plata colonial: Los establecimientos productivos*, editado por Raúl O. Fradkin, 2 vols., Buenos Aires, 1993; S. Amaral, *The Rise of Capitalism...*, cap. 8.

²⁸ Mark D. Szuchman, *Order: Family, and Community in Buenos Aires, 1810-1860*, Stanford, California, 1988, p. 38.

²⁹ Para estudiar la presencia de irlandeses e ingleses en la pampa de principios del siglo XIX, véanse William MacCann, *Two Thousand Miles' Ride Through the Argentine Province*, 2 vols., Londres, 1853; Hilda Sabato, *Agrarian Capitalism and the World Market: Buenos Aires in the Pastoral Age, 1840-1890*, Albuquerque, 1990, pp. 91-109. Otros también hacen nota del desplazamiento continuo de artesanos nativos por parte de artesanos extranjeros en la Buenos Aires urbana de los siglos XVIII y XIX. Véanse Lyman L. Johnson, “Artisans”, en: Louisa Schell Hoberman y Susan Migden Socolow (comps.), *Cities and Society in Colonial Latin America*, Albuquerque, 1986, p. 237; Karl F. Graeber, “Buenos Aires: A social and economic history of a traditional spanish American city on the verge of change, 1810-1855”, tesis de doctorado, Universidad de California, Los Ángeles, 1977, p. 21.

Pero más allá de estas concesiones, la elite económica no compartió la riqueza y las oportunidades de manera distributiva entre los estratos sociales. En un estudio muy sugerente, Lyman L. Johnson compara la distribución de ingresos en la expansión fronteriza de la pampa con la de los Estados Unidos. Mientras que el movimiento de la frontera en los Estados Unidos promovió un patrón de distribución más igualitario, la colonización inicial de la Pampa de hecho aumentó la concentración de la riqueza. "En pocas palabras", concluye Johnson, "la frontera parece haber funcionado de manera muy diferente en la Argentina y en los Estados Unidos".³⁰ Es decir que la expansión del mercado en la Argentina del siglo XIX no trajo oportunidades económicas más igualitarias entre los blancos y quienes no lo eran. Más bien, agregó un nivel adicional de mediación (los inmigrantes) para aumentar la desigualdad entre la privilegiada elite blanca y todos los demás grupos. El crecimiento económico marginalizó aun más a la clase obrera criolla.

En conclusión, Adelman nos ha mostrado los beneficios que puede brindar la investigación empírica profunda sobre la estructura institucional con la que América Latina continuó participando en los mercados mundiales en el siglo XIX. Sin embargo, si nos sentimos obligados a responder al interrogante de North, cómo fue que Latinoamérica quedó rezagada, los historiadores deben mirar más allá de la NEI. ¿De qué otra manera puede el lector comprender la posdata sobre el siglo XX de Argentina? En él, menciona a muchos trabajadores obreros e inmigrantes que quedaron "excluidos de la representación formal" y de "las ideas emergentes sobre derechos sociales" entre las clases populares (p. 291). El análisis económico-político no nos brinda un indicio de los antecedentes históricos de las políticas populistas y estatistas del período posterior a la Depresión.³¹ No logramos ninguna comprensión de las razones y los modos en que las clases populares continúan en la actualidad resistiendo las reformas de mercado.

Por lo tanto, a nosotros los académicos nos podría convenir llevar adelante investigaciones que se guíen tanto por la Nueva Economía Institucional como por la teoría social. No es casual que algunas de las comparaciones institucionales de North hayan recibido críticas, sobre todo de parte de Stanley L. Engerman y Kenneth L. Sokoloff, por ignorar la dotación de recursos (*factor endowments*) (es decir, la distribución de recursos y la calidad de la población) y las diferencias entre la Norteamérica

³⁰ Lyman L. Johnson, "Distribution of wealth in nineteenth-century Buenos Aires Province: the issue of social justice in a changing economy", en: Kenneth J. Andrien y Lyman L. Johnson (comps.), *The Political Economy of Spanish America in the Age of Revolution, 1750-1850*, Albuquerque, 1994, p. 205. Es pertinente reconocer los precedentes coloniales de las relaciones laborales actuales, tal como hace Steve J. Stern, "The Tricks of Time: Colonial Legacies and Historical Sensibilities in Latin America", en: *Colonial Legacies*, pp. 141-142.

³¹ Sugiero mi propio volumen editado como un comienzo modesto. Véase Jonathan C. Brown (comp.), *Workers' Control in Latin America, 1930-1979*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997.

británica y América Latina.³² En este sentido, podría ser más apropiado para los nuevos institucionalistas comparar manzanas con manzanas. Se podrían hacer comparaciones más precisas de las instituciones inglesas e ibéricas, entre las economías esclavistas de la Jamaica británica y la Cuba española, o entre antiguas colonias con poblaciones indígenas importantes tales como Rodesia (hoy Zimbabwe) y Perú. Comparaciones semejantes no darían como resultado una América Latina muy “rezagada”. De lo contrario, no resulta muy instructivo medir a los países latinoamericanos de acuerdo con modelos teóricos que incumben a sociedades de composiciones históricamente diferentes. ¿Y la Argentina? Bueno, no existe otro país en el mundo que se pueda comparar con la Argentina.

³² Douglass C. North. “Institutions and Economic Growth”, p. 1.326; Stanley L. Engerman y Kenneth L. Sokoloff, “Factor endowments, institutions, and differential paths of growth among new world economies: a view from economic historians of the United States”, en: *How Latin America Fell Behind*, pp. 260-304. Propongo un argumento similar en Jonathan C. Brown. *Oil and Revolution in Mexico*, Berkeley, 1993, pp. 2-3 y 367-368; “What historians reveal about labor and free trade in Latin America”, en: *Work and Occupations*, vol. 24, núm. 3, agosto de 1997, pp. 81-98.

RESUMEN

El artículo debate sobre la Nueva Economía Institucional en los estudios históricos en el Río de la Plata. Enfatiza particularmente el papel desempeñado por los factores institucionales en el proceso de desarrollo económico durante el período colonial tardío y en el siglo XIX.

This article debate the New Institutional Economics in the study of Rio de la Plata economy history. It emphasizes particularly the role played by the "institutions factor" in the process of development economy in the late colonial period and nineteenth century.

Palabras clave: instituciones, Estado, economía, mercados, comercio atlántico.

